Bajos fondos

CAN XUE

Traducción de Tyra Díez

ARISTAS martínez

Bajos fondos

CAN XUE

Traducción de Tyra Díez

ÍNDICE

貧民窟的故事

Primera Parte
9

Segunda parte
31

Tercera parte
57

Cuarta parte
75

Quinta parte
99

PRIMERA PARTE

Yo vivo en los arrabales. No tengo un sitio fijo, más bien me acoplo allí donde haya lumbre. Por la zona producen carbón, las casas dejan prendida la hornilla de noche, y allí yo que me acurruco para cobijarme del frío; siempre me aterra la helada a esas horas.

Al pie de la escalinata está la hondonada donde se levantan las chabolas. Para la gente era una tierra maldita, donde ni los niños dormían tranquilos. Gritaban asustados, de un salto brincaban de la cama, con los pies descalzos salían por la puerta despavoridos. Corrían y corrían por esas angostas callejuelas, por no congelarse si paraban. Sus padres aguardaban a que despuntara el alba para salir a recogerlos. Madres y padres muy delgados y muy oscuros, a los que tan solo se les veía el blanco de los ojos rotando en el rostro. Había observado que raramente lograban dormir de noche; más bien se amodorraban recostados en sus camastros. Y aunque apenas dormitaban, soñaban mucho, y charlaban en sueños no

solo los matrimonios, sino también los vecinos, a través de esos finos biombos de bambú enjambrado que los separaban. Tan solo me hacía falta oír el contenido de la conversación para saber si era un sueño. A veces se abroncaban o incluso se pegaban pero sin sufrir ni un golpe, los puñetazos se dirigían todos al aire.

Me olvidé comentar lo de las casas. Eran de esas que se apilan en largas hileras conectadas. ¿Las construirían así de pegadas por miedo? A mí me daba la impresión que cualquiera de ellas era en realidad la misma chabola. Y aunque tenían su puerta, por dentro los ventanucos escaseaban y reinaba la oscuridad. A veces no recordaba cuál de ellas tenía lumbre en invierno y cuál no. Si por error me colaba en alguna sin fogón, el niño de la casa me agarraba la pata y me impedía salir. Trataba de zafarme entonces con tanto ahínco que me hacía rasguños en la piel. En las casas sin hornilla comen mayormente platos crudos; normal que sean tan salvajes.

Conocí al ratón de la casa cuando aún era de día. A pleno sol, el interior estaba casi tan oscuro como de noche. Oí algo royendo un hueso, pensé que era el gato, me bajé de la hornilla de un brinco, corrí a verlo. Anda, no era el gato, era un ratón doméstico el doble de grande que otros. Maldito, ¡estaba mordisqueando el talón del abuelo! Le vi al viejo un hueso cadavérico, pero sin gota de sangre. El ratón andaba muy excitado, estremeciéndose roe que te roe el hueso, ñi ñi ñi, como si fuera el

manjar más exquisito del mundo. A este abuelo lo tenía yo fichado; criaba dos cerdos detrás de la casa, que ahora gruñían de hambre en el cercado. ¿Estaría muerto? Husmeé por la cama, no había muerto, estaba allí reclinado limpiándose las gafas, esas que llevaba cuando se sentaba en la entrada a mirar largamente los dibujos de cualquier papel que se pegaba al rostro. ¿Cómo iba a alimentar a los cerdos, si tenía el talón desollado? El ratón pareció saciarse al fin y dejó de roer, se giró y me vio, asintiendo ligeramente en señal de reconocimiento. Arrastró entonces su protuberante barriga haciéndola retumbar contra el suelo. Sentí curiosidad, ¿cómo se metería en la ratonera? No había agujero tan grande en esa casa. Pero en lugar de colarse en ningún lado, siguió deambulando despacio, como si le doliese la tripa de tanto comer. ¿Qué habría ingerido?, me dieron ganas de vomitar solo de pensarlo. Tras vagar un rato más le entró sueño y se puso a dormitar recostado en la pared, sin mirarme siquiera.

El abuelo se sentó al borde de la cama y se dispuso a vendarse el talón con unas telas mugrientas; era obvio que las tenía listas de antemano. Hacía mucho ruido al rasgarlas, como si tuviera mucha fuerza. Retal tras retal se envolvió el talón hasta que fue una bola de trapo. Los cerdos chillaban en el corral, parecían a punto de saltarse la cerca. Se levantó enérgicamente, sin calzarse el pie herido. ¿De qué iba todo esto? ¿Por qué dejaba al ratón roerle la planta? ¿Quizá tenía allí un tumor, y

quería que el ratón fuera su cirujano? ¡Qué admirable voluntad! Observé de nuevo al roedor: tenía el cuerpo visiblemente inflado y hasta sus patas parecían más gruesas, ¿le habría afectado la toxicidad del bocado? Dormía. Me sentí agobiada; con el corazón pesado, salí a tomar el aire.

El invierno había pasado, y los chavales que callejeaban fuera se resistían a volver a sus casas, algunos incluso pasaban la noche al borde de los caminos. Tampoco es que sus padres tuvieran prisa por recogerlos, y los dejaban dormir ahí cuanto quisieran. Total qué más daba, si no servían para buscarse la vida. Estos chiquillos del arrabal o dormían o zascandileaban, y los había que no distinguían la noche del día, y lo que es más, ni les importaba. Solo una cosa les interesaba: la llegada del ejército de carretilleros. Venían empujando sus carretas entre los caminos de las hileras, haciendo chirriar sus ruedas, y un tropel de niños corría a encaramarse cada uno a un cajón, a sentarse todo pomposos y altaneros sobre los montones de harina que portaban. Los provincianos que la traían sonreían tímidamente y nunca los espantaban. Oí que provenían de las llanuras nevadas. Al descargar el grano, la chiquillada se dispersaba rauda, al tiempo que sus padres abrían las puertas ceñudos, como mostrando desdén por la mercancía. «¿Qué tal el clima por el norte?», preguntaban al carretillero. «Aún se avecinan frías corrientes».

Yo no solía pasar demasiado tiempo en ninguna casa; no quería que me tomasen como una más de la familia. Aunque nada más aparecer en cualquiera, notaban mi presencia. Solían dejarme las sobras en el fogón, que al llegar la noche me zampaba a hurtadillas. Siempre me avergonzó esto de comer; soy tan parecida a un ratón doméstico como el cielo del infierno. Masticaba despacio, procurando no hacer ruido, aunque en verdad engullía con avidez, relamiendo el cuenco hasta dejarlo limpio. En lo de alimentarme, ninguna familia se portó mal conmigo. Tuvieran lo que tuviesen, siempre me dejaban algo, sobras por supuesto. ¿Qué pensarían que era yo? Hablaban de mí poco y con frases crípticas:

—¿Vino?

—Sí.

—¿Comió?

—¡Todo!

Aunque era obvio que sentían curiosidad, no les daba la gana de expresarlo, y estas sucintas conversaciones en medio de la oscuridad me resonaban como el fulgor de un rayo. Si notaban que me costaba subirme a la hornilla, movían una banqueta al lado para facilitármelo. Que fueran tan considerados me resultaba siempre un lastre a la larga. No deseaba tanta intimidad. Especialmente no quería inmiscuirme en su caos familiar, y con esto me refiero al jaleo de sus niños a medianoche. ¿Qué clase de diablo los espantaba? ¿Creerían que su casa

ocultaba monstruos? ¿Se sentían seguros solo tras salir aterrados? Cuando esto sucedía, las madres permanecían en la entrada gritándoles sin parar: «Vuelve, cariño, vuelve, ¿adónde irás?». Y lo decían con las piernas temblando, ¿serían conscientes?

Había subido aquella escalinata muchas veces, deseando abandonar esta tierra mugrienta. El sol relucía allí arriba, capaz de agrietarme la fina piel del lomo, y en sus avenidas no había ni una sombra, ¡ay! Arrastrándome por el asfalto, la boca se me secaba y me ardía la lengua, solo deseaba encontrar un sitio oscuro donde resguardarme; beber un trago de agua. ¿Pero dónde había sombra en esta ciudad? Los edificios eran de cristal, y las cubiertas de algún tipo de metal, cuando el sol les daba encima parecía que echaban llamas. Y por su interior se movían personas silenciosas, y aunque llevaban puesto algo que parecía ropa, podía verles las entrañas.

Empujé una de estas puertas acristaladas y, al entrar, sentí inmediatamente el calor de un horno, con bocanadas que me dejaron seca. Rápidamente me di la vuelta para salir pitando y, en ese preciso instante, me lo encontré de bruces: el ratón doméstico. Sostenía la puerta vigilante, con la espada desenvainada. Su pelaje brillaba lustroso, y sus ojillos relucían vivos y punzantes, parecía haber nacido para estas viviendas de cristal. Lo recordé royendo el talón del abuelo y no me atreví a encararme.